

Comentario de Evangelio – 4^o Domingo de Pascua - 8 de mayo de 2022 (Ac 13, 14.43-52 ; Ap 7, 9.14b-17 ; Jn 10, 27-30)



El punto de inflexión.

Una vez no es costumbre, os propongo deteneros en la primera lectura de este cuarto domingo de Pascua, los Hechos de los Apóstoles 13, 14, 43-52. Hace ya una semana que Pablo y Bernabé, llegados de Pergé, están en Antioquía de Pisidia. Intervinieron a su llegada a la sinagoga por invitación del archi-sinagogo, el presidente de la asamblea. El discurso de Pablo fue tan 'innovador en su contenido que la asamblea, una vez dispersada, los siguieron muchos judíos y conversos que adoraban al único Dios. Pablo y Bernabé, hablando con ellos, los animaban a permanecer apegados a la gracia de Dios.

«Nos ha llegado un visitante que predica de manera extraordinaria... » Propagada de boca en boca, esta pequeña frase dio la vuelta rápidamente a Antioquía de Pisidia. El sábado siguiente, una gran parte

de la población de la ciudad se reúne para escuchar a Pablo. Los judíos están descontentos. Que las palabras de este predicador tengan tal impacto, eso los turba profundamente. Que tantos no judíos se reúnan a la entrada de su sinagoga, e incluso quieran penetrar en ella, no les gusta, incluso sienten celos de este viajero. ¡En una corta semana, se puede decir que ha sembrado una hermosa paganía!

En cuanto a los miembros más tradicionalistas de la comunidad israelita, encuentran que este predicador corre el riesgo de sacudir un sistema de pensamiento al que sus padres nunca han cambiado y que sobre todo no hay que modificar. Atreverse a afirmar, como lo hizo este hombre, que la Ley de Moisés es incompleta, ¡qué descaro! Cuando empieza a hablar ese día, empiezan a insultarlo. Él no hace ni una ni dos: dirigiéndose a sus correligionarios, les lanza con audacia: «La palabra de Dios debía dirigirse ante todo a vosotros. Ya que la rechazan, entonces recurriremos a los paganos. Porque esta es la orden que tenemos del Señor: 'Yo te he dado luz de las naciones para que traigas la salvación a los confines del mundo» (Hch 13, 46-47).

En este día del sábado en Antioquía de Pisidia, el cristianismo naciente acaba de tomar su primer gran giro. Puesto que los judíos no quieren escuchar el mensaje de Jesús, Pablo se dirigirá ahora a los no judíos. La Iglesia comienza a alejarse de la Sinagoga. Pablo no olvidó lo que el Señor le dijo en Jerusalén un día del año 39, mientras rezaba en el Templo: «No aceptarán el testimonio que tú darás (...) Ve, a las naciones paganas te enviaré. »



Ciertamente, comprende las reticencias de los judíos, él que es, podríamos decir, judío hasta la médula; él que, más que muchos otros, ha estudiado la Escritura; él que, durante tantos años, buscó y encontró su alimento espiritual en la Torá y en la Tradición. Pero, al mismo tiempo, no logra admitir la reserva de sus correligionarios. Y mucho menos su hostilidad. ¿Por qué no quieren reconocer en Jesús al Mesías anunciado y esperado? Él lo ha descubierto. ¿Qué esperan para hacer lo mismo? Esto lo entristece, lo irrita! Oh pueblo mío que amo, ¿por qué sigues negando lo obvio? Sin embargo, eres la raza predestinada.

Yo y el Padre somos uno



Aquel día, al escuchar las palabras de san Pablo en el atrio de la sinagoga de Antioquía de Pisidia, los que los Hechos llaman «los paganos» son «alegres». Se ponen a cantar las alabanzas de Cristo y muchos de ellos se convierten (Hch 13, 48).

Hoy, como Pablo, muchos abuelos se lamentan de ver a sus nietos no bautizados, no catequizados. ¿Cuántos abuelos se preguntan por no reconocer lo obvio? ¿Cuántos jóvenes no han oído hablar de Jesucristo, Salvador y Pastor, que da la vida eterna?

Jean-Marie Quétier (Diacre)